

PRESENTACIÓN*

“En arqueología, el término ‘complejidad’ puede definirse de distintas maneras, además de que los criterios a través de los cuales puede materializarse llegan a diferir de una a otra sociedad” [Chapman, 2003].

Desde el siglo XIX con el surgimiento tanto de la sociología como de las ciencias antropológicas y hasta la fecha, específicamente en el caso de la arqueología (ya sea que se le considere dentro de la historia, de la antropología o de ambas), se han construido distintas posturas para abordar el estudio de la complejidad social, independientemente de que se les denomine paradigmas, marcos teóricos de referencia o posiciones teóricas.

Comúnmente, las formulaciones se fundamentan en que la complejidad social es el resultado de la evolución, bajo la premisa de que en la historia de la humanidad ineludiblemente hay una direccionalidad tendiente al surgimiento de formas y estructuras sociales cada vez más grandes, internamente diferenciadas y con una mayor articulación.

Además, los esquemas que se han puesto en práctica van desde los unilineales, multilineales, de convergencia y divergencia hasta los de paralelismo, con el uso de métodos inductivos, deductivos o transductivos; con bases idealistas o materialistas, deterministas, relativistas o reduccionistas; con enfoques particularistas o generalizadores, entre los más relevantes; tendiendo puentes para rebasar la mera descripción y alcanzar interpretaciones, inferencias o explicaciones acerca de la complejidad social.

No obstante, mucho se ha discutido acerca de la necesidad de hacer a un lado las nociones evolucionistas en las conceptualizaciones acerca de la complejidad para, en su lugar, documentar la variabilidad de formas y trayectorias de desarrollo de la complejidad, más allá de construir analíticamente escalas clasificatorias organizativas de la variabilidad social. En algunos estudios, el interés se ha centrado en el desarrollo de la jerarquización

* Coordinadores del Dossier: Patricia Fournier (ENAH), Walburga Wiesheu (ENAH) y Thomas H. Charlton (Universidad de Iowa).

social, sea de tipo vertical o bien horizontal con configuraciones descentralizadas y más allá de la dicotomía élite/gente común considerando que las relaciones de poder económico y ritual se basan, además, en la edad, el género, la descendencia y la asociación entre individuos en la construcción de sistemas corporativos, entre otros, que operan simultáneamente [cfr. Haas et al., 1994; McIntosh, 1999; Price, 1985; Ringle, 1999].

Algunas vertientes teóricas son completamente excluyentes entre sí, por lo que los conceptos y categorías que les son propios para el estudio de la realidad social sólo pueden implementarse en su ámbito específico de acción. En otras posiciones teóricas, por el contrario, los planteamientos han demostrado su compatibilidad con otras de diferente derivación, logrando así una amplia cobertura, que llega a impactar en los niveles o rangos teóricos bajo o medio e, incluso, alto.

Por ejemplo, en la arqueología conductual se ha considerado que las variaciones en la complejidad social son multidimensionales y la misma categoría de "sociedad compleja" es, hasta cierto punto, arbitraria. Así, desde esta posición teórica se propone que lo relevante es explicar la variabilidad en términos de las interacciones entre los individuos y los artefactos. Independientemente de cómo se defina lo que constituye una sociedad compleja, ésta es el producto de instituciones (por ejemplo organizaciones civiles o religiosas) y sectores que se transforman diferencialmente: el desarrollo no se restringe al crecimiento de la organización, sino a la concomitante proliferación de artefactos e instalaciones especializadas —con espacios o áreas de actividad particulares— que se utilizan para la ejecución de actividades específicas según patrones conductuales [LaMotta y Schiffer, 2001].

Dentro de los distintos marcos, se han priorizado distintos factores como los causales de la estabilidad y del cambio social, sean endógenos o exógenos, sociales o ambientales, e incluso bajo la óptica de la multicausalidad. Se ha considerado que la tecnología puede constituir uno de los indicadores más adecuados para medir los niveles de desarrollo e, inclusive, que el control de los ámbitos económicos y las estructuras organizativas vinculadas con el poder así como el consecuente surgimiento de la desigualdad al interior de las unidades sociales, constituyen la base para caracterizar estadios de la complejidad [cfr. Chapman, 2003].

Por otra parte, las etapas de desarrollo se han tipificado de diversas maneras, aplicando o construyendo modelos de periodización en los que se consideran fases —sean o no sucesivas— que abarcan desde formas organizativas que se asumen como sencillas hasta las de mayor complejidad; por ejemplo sociedades cazadoras-recolectoras o bandas, tribales, cacicales, hasta las clasistas, cuya caracterización puede ser como civilizaciones o Estados e, incluso, imperios. Entre los elementos definitorios de las formas sociales que se han considerado más avanzadas destacan el urbanismo, la constitución de formas coercitivas burocráticas, la institucionalización de la religión, la estratificación social, el establecimiento de redes de intercambio en mercados formalizados, así como el comercio a larga distancia, entre otros [cfr. Clark y Parry, 1990; Nichols et al., 2002; Service, 1962, 1966, 1975].

En cuanto a la cobertura espacial, los estudios han abarcado desde el nivel de la unidad residencial hasta el de la comunidad, conjuntos de comunidades, regiones o amplias áreas, cuya delimitación ha partido de criterios tanto culturales como ambientales. Con estos fundamentos incluso se han derivado modelos de lo proxémico y acerca de la territorialidad, sobre cuyas bases se han llegado a proponer pautas de distribución espacial que resultan de la interacción y de distintas modalidades organizativas, como las relaciones entre centro y periferia, la conformación de unidades sociopolíticas independientes, de sociedades expansionistas o de ciudades-estado.

Además, en épocas recientes se ha prestado atención a la caracterización de los grupos humanos que eran miembros de una misma comunidad, o bien a la identificación de grupos que al interior de sociedades determinadas tienen orígenes biológicos o tradiciones culturales distintas, se opte o no por designarlos como grupos étnicos. Esto ha dado la pauta para llevar a cabo investigaciones acerca de la construcción de la identidad, con la consecuente búsqueda de indicadores materiales que constituyan marcadores étnicos, de estatus o de la pertenencia de los individuos a estratos o clases sociales.

La arqueología mexicana, como heredera de una profusa tradición derivada del particularismo boasiano, a lo largo del siglo xx ha incorporado elementos derivados de otras vertientes del pensamiento antropológico e histórico, resaltando por su impacto la ecología cultural, la arqueología procesual y la marxista. Entre los vaivenes teóricos que abarcan desde el particularismo histórico hasta el posprocesualismo se han constituido diversas tradiciones académicas en la práctica arqueológica realizada en México, sea por parte de nacionales o de extranjeros, y es obvio tanto el interés como el rigor con el cual se busca la resolución de problemas específicos de investigación científica.

Independientemente del enfoque evolucionista de Price [1981], sus propuestas acerca de los grupos entre los cuales la producción de alimentos no es intensiva validan en gran medida el que prácticamente cualquier sociedad pueda considerarse como compleja, que es el enfoque que interesa resaltar desde nuestra perspectiva, considerando que las tendencias a una mayor complejidad implican que existan: a) un incremento demográfico gradual; b) poblaciones corresidentes más grandes en los asentamientos; c) una disminución en la movilidad residencial; d) un incremento de la estructuración del espacio; e) un incremento del intercambio entre grupos; f) la explotación de especies de flora y fauna que antes no se utilizaban; g) innovaciones técnicas para lograr un incremento de la productividad; h) un incremento de la actividad ritual destinada a unificar y a identificar a los grupos particulares; i) la formalización de linajes para incrementar la eficiencia de la integración social y política; j) un incremento en la diferenciación de estatus como resultado del desarrollo de una clase privilegiada administradora; y k) el aumento de los símbolos identitarios entre y dentro de los grupos corresidentes.

Es indispensable aclarar que el enfoque bajo el cual se estructura este número temático de Cuicuilco parte, a diferencia de muchos de los estudios acerca de la organización y desarrollo sociales, de la conceptualización de que hablar de sociedades complejas en

absoluto implica una contraposición necesaria con las denominadas simples, como si las primeras fueran superiores y las segundas inferiores; la complejidad es, en efecto, simple [McGuire, 1996]. Consideramos que toda sociedad es intrínsecamente compleja y que para la comprensión de sus características con base en indicadores materiales es indispensable tanto un manejo conceptual preciso en el campo teórico como un estudio detallado de las líneas de evidencia empírica asequibles.

En este número temático de Cuicuilco, los estudios de caso incluidos se aglutinan en torno al estudio de la complejidad social en diferentes épocas y zonas de México. Asimismo, se incorporan nuevas vertientes e interpretaciones basadas en un mosaico de posturas sin pretender lograr una unificación teórica o conceptual. No obstante, se espera que a través del análisis acucioso de los artículos se lleguen, eventualmente, a encontrar puntos de confluencia para hacer frente a la interpretación, inferencia o explicación de la complejidad en futuras investigaciones al respecto.

PATRICIA FOURNIER Y THOMAS H. CHARLTON

BIBLIOGRAFÍA

Chapman, Robert

2003 *Archaeologies of complexity*, Londres y Nueva York, Routledge.

Clark, John E. y William J. Parry

1990 "Craft specialization and cultural complexity", en Isaac, B. (eds.), *Research in Economic Anthropology*, JAI Press, Greenwich, Connecticut, pp. 289-346.

Haas, Jonathan, Edmund J. Ladd, Jerrold E. Levy, Randall H McGuire y Norman Yoffee

1994 "Historical processes in the prehistoric Southwest", en Gumerman, G. y M. Gell-Mann (eds.), *Understanding complexity in the prehistoric Southwest*, Massachusetts, Addition-Wesley Publishing, Reading, pp. 203-232.

LaMotta, Vincent M. y Michael B. Schiffer

2001 "Behavioral archaeology. Toward a new synthesis", en Hodder, I. (ed.), *Archaeological theory today*, Polity Press, EUA, Blackwell Publishers, Inc., pp. 14-64.

McGuire, Randall H.

1996 "Why complexity is too simple", en Dawson, P. C. y D. T. Hanna (eds.), *Debating complexity*, Calgary, University Press, pp. 1-7.

McIntosh, Susan K.

1999 "Pathways to complexity: An African perspective", en McIntosh, S. K. (ed.), *Beyond chiefdoms. Pathways to complexity in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-30.

Nichols, Deborah L., Elizabeth M. Brumfiel, Hector Neff, Mary Hodge, Thomas H. Charlton y Michael D. Glascock

2002 "Neutrons, markets, cities, and empires: A 1000-year perspective on ceramic production and distribution in the Postclassic Basin of Mexico", en *Journal of Anthropological Archaeology*, núm. 21, pp. 25-82.

Price, T. Douglas

1981 "Complexity in 'non-complex' societies", en Van der Leeuw, S. (ed.), *Archaeological approaches to the study of complexity*, Amsterdam, Instituut voor Prae en Protohistorie, pp. 54-97.

Price, T. Douglas y James A. Brown

1985 *Prehistoric hunter-gatherers: The emergence of cultural complexity*, Orlando, Academic Press.

Ringle, William M.

1999 "Pre-Classic cityscapes: Ritual politics among the early Lowland Maya", en Grove, D. C. y R. A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica*, Washington D.C., Dumbarton Oaks, pp. 183-223.

Service, Elman R.

1962 *Primitive social organization*, Nueva York, Random House.

1966 *The hunters*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs.

1975 *Origins of the state and civilization*, Nueva York, Norton.